

CONSTRUIR LA DEMOCRACIA ECUATORIANA

EL ROL DE LAS MUJERES QUICHUAS

Marta Bulnes V.

Quiero empezar con unas palabras de Dolores Cacungo, destacada lideresa quichua que en las primeras décadas del siglo XX luchó, junto a otros, contra el sistema de hacienda y en favor del derecho de los indígenas a la educación bilingüe: “Natural solo, es como hebra de poncho que fácilmente se rompe. A natural unidos, como poncho tejido nadie podrá doblegar.”¹

En esta cita, Dolores Cacungo alude a la complementariedad necesaria para subsistir, resistir y desenvolverse. La noción de complementariedad es central en la cultura del pueblo quichua y se expresa de distintas formas y en distintos niveles. Si se toma, por ejemplo, el ámbito del género, se podrá advertir que las mujeres representan una de las partes de la trama, necesitando la otra parte, la de los varones. De ese modo, la unidad es la pareja entretejida, no el individuo aislado. De ello se deriva que la mujer quichua ecuatoriana ha tenido y tiene un papel imprescindible en el núcleo familiar, en la comunidad y, progresivamente, en otras instancias sociales y políticas.

Tradicionalmente, ella ha cumplido funciones de sustentadora y transmisora de los valores culturales y lingüísticos de su pueblo, conformando una sólida base de resistencia frente a las influencias homogeneizadoras de la sociedad mestiza. La revitalización de la identidad quichua, observada a partir de los años setenta, se debe así en buena parte a la voluntad y la perseverancia de esas miles de mujeres anónimas –muchas analfabetas o con escasa escolaridad– que han defendido de manera sostenida e implacable los conocimientos y especificidades culturales de su pueblo.

Josefina Amaguaña, otavaleña, perteneciente a la comunidad de Peguche, simboliza a esas mujeres “anónimas” que custodian y reproducen cotidianamente la identidad cultural de su pueblo. Como esposa, madre y abuela, se ha ocupado del hogar, la manufactura de tejidos y de su pequeña tienda de abastos, situada en la parte anterior de su casa. Este fragmento de su testimonio ilustra bien



San Andrés Tungurahua, 1959. Fotografía: Blomberg

cómo el principio de complementariedad de géneros aún se observa en el pueblo quichua:

Después que se murió mi mamita, unas vecinas decían: “Verás, Josefina, si un caso hay matrimonio, mejor pensarás casarte, porque no hay quién te cuide. De ahí me casé. Después (del matrimonio) ya se fue mi marido a Colombia, fue a trabajar como obrero, a buscar (dinero) para la casita, para tapar la cubierta. Yo me quedé a hilar lana de borrego, a trabajar chalina con mi guagua. Nuestra situación duro es, eso digo. Habiendo de ambos lados (alude a la pareja) quien apoye, sí es otra cosa, no habiendo quien, se sufre. Cuando (mi marido) estuvo otro tiempo aquí, ya le dije “los guaguas están grandes, no quisiera que te vayas, acomodémonos como sea”. (En esa época vivíamos (de la fabricación de tejidos), pero no había mucha ganancia. Por eso yo puse la tiendita. Eso digo, nadie me ha dicho que hay que trabajar. Eso también es de mi pensamiento, yo he hecho y hasta ahorita pienso así y sigo poniendo cualquier cosita. A toditos mis guaguas los hemos educado. El papá les iba a matricular. Y en reuniones de familia, él. Yo me he atendido del aseo, en bañar. Yo sabía conversar a mis hijos: “¡Mishos, Dios no quiera! ¡Indígenas han de ser! Más que sea un trapo han de usar”. El Fausto nomás se crió de zapatos. Hasta segundo grado sería. ¿No ve que el papá le traía de Colombia? A mí no me gustó eso, y dije: “tiene que criarse con pelito, con ponchito, con alpargatitos mi hijo”. Así les he criado. Les he curado también. Hasta ahora les curo con hierbitas, con la medicina de nuestros tiempos.”²

Tránsito Amaguaña, originaria de Pesillo (Provincia de Pichincha), representa la conciencia india y la participación

¹ Tomado de Raquel Rodas, *Crónica de un sueño. Las escuelas indígenas de Dolores Cacungo*, Quito: Proyecto EBI-GTZ y DINEIB, 1989, p. 13.

² Esta cita y las que vendrán proceden de las entrevistas hechas a Josefina Amaguaña, a Tránsito Amaguaña y a Nina Pacari (cf. Marta Bulnes, *Hatarishpa Ninimi. Me levanto y digo. Testimonios de tres mujeres quichuas*. Editorial El Conejo, Quito, Ecuador, 1990).

política. Su vida ha sido una lucha interminable contra la opresión y por los derechos indígenas. Participó en la formación de los primeros sindicatos campesinos indígenas, la Federación de Indios (FEI) y en la creación de las primeras escuelas bilingües quichua-español destinadas a los niños quichuas. Militó en el Partido Comunista y fue perseguida y encarcelada en varias oportunidades.

Mercedes Alba era mi mamita. Vicente Amaguaña mi papá. Analfabetos eran. Para ir a la escuela impedían. Yo no soy escuelera. Seis meses estuve, enseguidita servicio para el patrón. En mi tiempo nomás servicia, servicia, servicia. “Para los indios no hay escuela”, nos decían. Mi mamá, mi papá, eran huasipungueros. (Ellos) habían sido cabecillas, dirigentes. Habían sentido que hay esta ley de defensa de los campesinos, de los indios trabajadores. Ese tiempo era amargo. Era tiempo de gamonales. Tiempo de ricos. En ese tiempo no había pago. Había socorro. Daban papas, cebada, trigo. En ese tiempo no había ninguna justicia. Poco, poco, poco llegamos a conocer que ha venido Partido Comunista, defensor de los campesinos, a quitar el orgullo, la riqueza al presidente, a los patrones. Siguiendo luchando, averiguando, preguntando, algunos jóvenes siguieron a mi mamá. Entonces ya se fueron a Quito, ya de ahí, los hombres (obtuvieron) tres reales, las mujeres real y medio, el día de trabajo. Entre ocho, diez (indígenas), secretísimo hacían sesión. Yo de quince, dieciseis, diecisiete años, unos jóvenes socialistas, decían: “Somos a favor de los campesinos, a favor de ustedes. Hay ley para campesinos, paren duro”. Entonces, tanto lidiar, tanto pelear, ya se puso seis sures para hombres y tres para mujeres. Mi mamá es de esas cosas que ha sacado. Yo ahí ya (estaba) casada. A mí me hicieron casar a los catorce años. Siguiendo juntas esta lucha con mi mamá, marido tan fui botando. Yo le boté, él me celaba, me celaba con los compañeros. Compañeros comunistas nunca un chasco. Por eso he seguido en esta línea. Si me hubiera dicho alguna cosa de maldad o lo que quiera ¡uh carajo! Yo me he envejecido en esta lucha, y ahora lo menos he de morir comunista. Yo ahora no tengo ni tierra, ni nada. A mí no me han dado. Ni soy cooperativa, ni nada. Por ese tiempo yo he estado luchando. Entonces (el ministerio de agricultura) a mí no me ha puesto. A mí me ha puesto libre, diciendo que soy su alterada, su levantada, su luchadora. Al fin, al fin no me ha puesto y libre soy.

En el espacio público nacional se constata una situación similar. De manera creciente, destacadas profesionales, intelectuales y lideresas quichuas ocupan cargos representativos, no sólo en organizaciones sociales y políticas de su comunidad o pueblo indígena, sino también en la esfera pública nacional, habiendo llegado algunas de ellas a ocupar puestos prominentes en el aparato estatal. Tal es el caso de Nina Pacari, nacida en Cotacachi (Provincia de Imbabura), quien fue una de las primeras profesionales indígenas quichuas. Desempeñó destacados cargos de representación nacional e internacional y llegó a ser Canciller de Relaciones Exteriores. En sus palabras

subyace un gran proyecto, el de un estado multinacional capaz de acoger a todos los pueblos y culturas del Ecuador: A veces dicen que soy quichua de origen y mishu de contenido. Pienso que respondo a un origen indígena y a ese contenido. Pero, por la relación que he tenido con la ciudad, la interrelación con la otra cultura, hay también una asimilación, un desarrollo de las dos culturas. En la universidad comencé a tomar conciencia (de su identidad quichua). Pero es porque entré a trabajar en el Congreso Nacional, de secretaria, y veía que iban profesores, alumnos en comisión a pedir obras, como no veía a ningún indígena, dije: “Qué pasa con los indígenas que no aparecen por acá”. Así entré a formar el Taller Cultural *Causanacunchic*. En el Taller, de acuerdo a las características de cada uno de los miembros, comenzamos a ponernos nombres (quichuas). Yo me llamaba María Estela Vega, recién (cuando obtuve) el doctorado en Leyes logré el cambio legal. En términos generales, la mujer es discriminada, pero (en el ejercicio de la profesión) eso se acentúa por mi condición de quichua. (Sin embargo) en las comunidades no hay ese machismo y feminismo. En la sociedad dominante tanto el hombre como la mujer son discriminados por su condición de indígena. Hay un pueblo que vive, que mantiene sus costumbres, sus formas de vida. Se deben plantear proyectos conjuntos, mestizo e indígena a la vez. (Debe darse) una lucha conjunta, solidaria, en que también los indígenas seamos actores y gestores. Nosotros reclamamos esa participación, reclamamos un espacio dentro de ese proyecto. La receta no la tenemos ni los indígenas, ni los mestizos, hay que ir la buscando.

Tal y como hemos podido apreciar, lo dicho por cada una de estas mujeres quichuas apunta a dimensiones fundamentales de la vida familiar, social y política. Sus enseñanzas pueden resumirse en algunas proposiciones: Nadie termina en sí mismo, sino que somos uno con otro como en un tejido (Dolores Cacuango). La tradición cultural es un recurso capaz de dinamizar la vida en sociedad (Josefina Amaguaña). Puesto que la opresión y la injusticia no debieran ser parte de la condición humana, hay que lidiar con fuerza y determinación para acabar con ellas (Tránsito Amaguaña). El estado y la sociedad tienen que renovarse, abriéndose a la diversidad y a la negociación democrática intercultural (Nina Pacari). En suma, estas mujeres nos proponen una nueva manera de “vivir juntos”, a partir de la inclusión y el respeto a la dignidad humana, lo cual resulta especialmente pertinente en los actuales tiempos de mercantilización y de uso instrumentalizado de la democracia. ☐

Marta Bulnes V. Ecuatoriana, licenciada en letras hispanoamericanas por el Instituto Superior de Arte y Ciencias Sociales, de Santiago de Chile. Es editora y consultora independiente y conferencista regular en la Universidad de Montreal, ciudad en donde reside actualmente. Sus consultorías en organismos internacionales se refieren a la interculturalidad y la educación bilingüe. Entre sus obras, destacan: *Hatarishpa Ninimi. Me levanto y digo. Testimonios de tres mujeres quichuas*; *La lluvia, el granizo y los dioses de Huarochiri. Adaptación de antiguos ritos y tradiciones andinas*; y el libro de entrevistas: *¿Quién es el otro? Conversaciones para la convivencia*.